

REFLEXIONES EN TORNO A LOS MAYORES

MARÍA LUISA VÁZQUEZ DÍAZ

Alumna del Aula Permanente de Mayores – Universidad de Granada

Los mayores somos un producto que vende: a los políticos votos, a los bancos dinero y una lacra para la Seguridad Social.

Hasta el siglo XVIII no se habla de vejez, apareciendo el dato histórico como paradigma de la Ancianidad. Es a mediados del siglo XIX cuando el Estado se hace cargo de los mayores. Si bien sabemos que los mayores que formaban parte del Senado, pertenecían a la burguesía. El resto vivió y permaneció en el anonimato, algo semejante a lo que acontece hoy en un considerable número de personas entradas en años.

A propósito del tema que nos concita, la “educación intergeneracional” quiero hacer unas reflexiones nacidas unas de la experiencia personal y otras de la simple observación de una persona que camina por la calle.

Envejecer no es una enfermedad, lo que pasa es que todos tenemos un reloj biológico con diferente programa de tiempo. Estamos compuestos de un material genético donde nuestros genes son un libro de cocina, en el que están escritas las exquisitas recetas de los platos que forman lo que somos (corazón sano, ojos penetrantes, etc.)

El mayor no pierde la dignidad con los años, solo que ha de situarse en el mundo. Una manera de no sentirse desplazado es la educación y en particular la educación intergeneracional

En este sentido nuestro proceso educativo va más en la línea de sentirse bien. Perdió la función instrumentalista de los estudios en edades tempranas, ahora se trata de realizar el proyecto de vida de cada uno, como personas pertenecientes a una generación nueva. Como ejemplo tenemos: La Universidad a la que se va por conseguir aquello que no pudimos hacer cuando jóvenes, aunque algunos sientan miedo.

Hay que situar a los mayores en el mundo, no un mundo para los mayores sino para todos con sentido de comunicación entre generaciones. La intergeneracionalidad es importante y fundamental porque se da una reciprocidad, una comunicación y sobre todo un trasvase de puntos de vistas complementarios. Ese es el ideal del encuentro entre distintos generaciones: el diálogo entre culturas.

Claro que hay muchas clases de mayores en función de otras tantas circunstancias ajenas a las personas, tales como la época, la cultura, lugar, familia, etc., todas son opciones distintas con un solo factor común: el hecho de que en todos los casos hay un deseo unánime “envejecer con dignidad”. Hay personas que dejan de trabajar porque la empresa lo decide y entonces ¿qué? Se produce tristeza y depresión sin saber qué hacer pues antes, una persona con 50 años era vieja pero hoy se es joven. Otras personas entradas en años se contentan con poco, viajes vino y botella, pero si son felices... es como llenar hasta el borde vasos de distinto tamaño.

Una visión pesimista y negativa, aunque en ocasiones no falta de realismo, asegura que los viejos tienen debilitadas sus fuerzas corporales y psíquicas; es corriente pensar que es un sujeto muy desconfiado, pesimista, avaro, incrédulo, envidioso, poco paciente, de ideas enclavadas en el pasado, abunda poco la amistad. El amor se fomenta con la convivencia y nadie quiere convivir con personas tristes y pesimistas, se hacen pesados.

Sin embargo, en la actualidad ser mayor no es ser anciano, pero es duro aceptar el deterioro que produce el paso de los años que hemos de convertir en compañero de camino, muriendo un poquito cada día. Lo que no deja de ser un destino impuesto, que no hemos elegido. Por ello, merece respeto por antonomasia, por ser la raíz de un árbol que ha brotado de otros miembros anteriores que deja su semilla para que germinen nuevas generaciones.

Los mayores aportan sabiduría, fruto de sus conocimientos y experiencias, puesto que no hay nada más gratificante que saberse útil y provechoso. Porque la vejez es plenitud, la coronación de las etapas de la vida, con el recuerdo de lo aprendido, lo conseguido y lo sufrido. Sin embargo, chocamos con la sociedad positivista: hoy ser viejo puede aparecer como un problema, un gran inconveniente; la sociedad nos lanza la consigna de mantenernos siempre jóvenes. Según Carlos Osorio se puede resumir en *andar sin gastar zapatos, comer sin engordar, hacer el amor sin procrear y vivir sin envejecer*.

Se dice que los mayores sólo aman por la utilidad, de la misma manera que los jóvenes aman por el placer. A medida que va envejeciendo se convierte en un peso muerto, algo marginal que termina por ser un papel a tirar.

Muchos adultos mayores están desempeñando tareas extraordinariamente positivas para el Estado y la sociedad: las ayudas materiales y afectivas a la familia, hijos, nietos (servicios callados) y la razón radica en que hoy tiene mejor salud, más autonomía, mejor preparación, en definitiva, es una vejez nueva con la inquietud de adquirir conocimientos y actividad que le haga sentirse útil y provechoso, quiere vivir mucho tiempo, pero en buenas condiciones. Sólo es perfecto aquél que se encuentra en la plenitud de la vida (espacio comprendido entre la experiencia adquirida en la etapa adulta y los síntomas de un declive que comienza). De que ahí que los mayores piensan y dicen: me encuentro con una vida por delante, con un tiempo que tengo que aprovechar al máximo consciente de que no hay tiempo. Por las circunstancias del mundo actual la vida se alarga y ésta ha de estar llena. No puede resignarse a solo morir.

Decía Schopenhauer que el tiempo corre lento al comenzar la jornada y, vertiginosamente al terminarla. Urge saber qué pasa. Podemos recordar cuántos mayores han obtenido el Premio Nobel, Severo Ochoa, Camilo José Cela, etc. y por qué no, a nuestros ar-

tistas: Arturo Fernández, Rafaela Aparicio, Sarita Montiel y tantos otros; son personas con años y están en plena actividad. Y sobre todo quiero resaltar la gran personalidad de mi muy querido Miguel Guirao Pérez, fundador del Aula Permanente, de la Asociación ALUMA y de OFECUM, hombre hiperactivo y que posee todas las virtudes humanas, un hombre irrepetible.

La campana de Gauss se invierte por el bajo índice de natalidad y la solución la tenemos en nuestras manos: intergeneración. La solución que empieza, quiere empezar a dar frutos; un ejemplo son la II Conversaciones Pedagógicas sobre la educación entre generaciones. Es lo que pretendía el lema de las Naciones Unidas cuando en 1999 declaró el “Año Internacional del Anciano”, subrayando la necesidad de hacer una sociedad para todas las edades.

Los mayores somos fácilmente moldeables, tiernos, agradecidos y responsables. Cuando hacemos algo lo hacemos de verdad, con responsabilidad y entrega, y lo hacemos porque queremos. Claro está que la solución no proviene sólo de tener ideas claras, sino en ser consciente de ellas y estar dispuesto a aceptarlas en la realidad tanto por parte de los jóvenes como de los mayores, de lo contrario hemos fracasado en el intento.